

Rito de Beatificación del Venerable Siervo de Dios Francisco María de la Cruz

HOMILIA DEL CARDENAL VICARIO ANGELO DE DONATIS

Basílica de San Giovanni in Letrán

Sábado, 15 de mayo 2021

Queridos hermanos y hermanas,

Nuestra comunidad diocesana de Roma, que desde los tiempos de los Apóstoles ha sido cuna de tantas personalidades de santidad, hoy está de nuevo de fiesta, porque una nueva estrella ha venido a iluminar el cielo y se suma a las filas de los beatos. Francisco de la Cruz Jordán puede considerarse un hijo de pleno derecho de la Iglesia de Roma: aquí pasó los años de su formación; aquí recibió como un don del Espíritu el carisma fundacional que le inspiró la fundación de la Sociedad Apostólica original el 8 de diciembre de 1881 en la plaza Farnese. Aquí, en la Via della Conciliazione, yacen sus restos mortales. Hoy, donde todo comenzó, en la ciudad de Pedro y Pablo, donde la Sociedad dio sus primeros pasos, ¡es beatificado! La Iglesia reconoce que se transfiguró en la muerte y resurrección de Cristo y que ahora vive en él entre los bienaventurados. ¡Francisco de la Cruz vive en Cristo!

Del tapiz que la Liturgia de la Palabra acaba de tejer en nuestros oídos y corazones, quisiera extraer tres hilos que podemos contemplar con mayor detenimiento y que también caracterizaron la vida del Beato Padre Francisco Jordán, hasta convertirlo en un icono del Resucitado. De este modo, el carisma suscitado en él por el Espíritu nos ayuda a comprender mejor la riqueza de la Palabra que ha resonado entre nosotros.

El primer hilo conductor es precisamente la meditación de las Escrituras. La semilla de la vocación apostólica del Beato Francisco de la Cruz germinó con el estudio y la meditación de la Palabra. Entre sus propósitos personales, recogidos en su diario espiritual, destaca: ¡Leer la Escritura a menudo! Era una recomendación que se dirigía a sí mismo, porque para él la Biblia era la fuente de la que extraía los contenidos de su formación religiosa. Comprendió que sólo de la Palabra de Dios se puede recibir esa luz que ilumina a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte (Lc 1,79). Sólo frecuentando la Escritura, leyéndola, meditándola, se adquiere la sabiduría espiritual necesaria para el anuncio. Francisco de la Cruz siente en su corazón que está llamado a fundar una obra apostólica y comprende que sólo la escucha de la Palabra de Dios puede ser el fundamento del camino de la evangelización. En la Escritura, el Espíritu nos revela que el Padre nos ha salvado, y no por ninguna obra justa que hayamos hecho, sino por su misericordia, como hemos escuchado en la segunda lectura, tomada de la carta a Tito.

El Papa Francisco nos lo ha recordado en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. Toda evangelización debe alimentarse de la Palabra de Dios; se fundamenta

en ella, se escucha, se medita, se vive, se celebra y se testimonia. La Sagrada Escritura es la fuente de la evangelización. Allí se comprende, se declina y se describe la historia de amor entre Dios y su pueblo. Por lo tanto, hay que formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja evangelizar continuamente. Es indispensable que la palabra de Dios sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial. Queridos hermanos y hermanas, no se puede dar testimonio de la Buena Nueva sin alimentarse de la Palabra.

El segundo hilo que tomamos para nuestra meditación es el que -en mi opinión- constituye la síntesis de la obra misionera del Beato Francisco de la Cruz, que podríamos formular así: anunciar a todos, para salvar a todos.

Anunciar y salvar son dos verbos que se repiten muchas veces en los textos del Beato Francisco. Llevaba continuamente a su corazón a los que no podían recorrer el camino del Evangelio por falta de instrucción y formación religiosa. La evangelización se convirtió, día tras día, en el objetivo principal de su vida y de su misión, y hoy se ha convertido en la misión de la Familia Salvatoriana. El Padre Jordán encontró en el Apóstol Pablo un modelo de celo apostólico, un guía, un maestro; se dejó conmover tan profundamente por la incansable acción de anuncio del Apóstol que experimentó en su corazón el deseo de salvar a todos, como un fuego ardiente y una antorcha encendida, que siempre arde con vehemencia en el amor a Dios y enflama a todos. La primera lectura que hemos escuchado -el capítulo 18 de los Hechos- nos describe la experiencia del Apóstol de los Gentiles que viaja por Galacia y Frigia confirmando a todos en la fe. Habla de Priscila y Aquila que exponen con precisión el camino de Dios al judío llamado Apolos. Es la historia de las primeras pulsiones vitales de la Iglesia; una historia que continúa hasta nosotros, sostenida y alimentada por la caridad amorosa de tantos testigos, conocidos u ocultos, que gastan su vida para anunciar a todos y salvar a todos, como hizo Francisco de la Cruz y como enseñó a hacer a los suyos. Esta es la actualidad de nuestro Beato. He aquí la peculiaridad de su ejemplo.

Qué importante es sentirse interpelado por las preguntas de los hombres y mujeres de hoy, así nos lo recomendó el Papa Francisco hace unos años, hablando de la nueva evangelización. Anunciar hoy es compartir palabras de vida sin pretender tener respuestas inmediatas y sin dar respuestas prefabricadas; es dejar espacio al poder creador del Espíritu Santo, que libera el corazón de la esclavitud que lo oprime y lo renueva. (cf. Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en el encuentro patrocinado por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, 21 de septiembre de 2019). Así, el anuncio de la Palabra llega a todos porque toca el corazón, hace vibrar la existencia y llena de sentido el vacío que a veces corre el riesgo de absorber a las personas en nuestra sociedad.

El tiempo en que vivimos necesita un anuncio de amor, necesita saber y escuchar que Dios nos ama, en primer lugar, para siempre, por su elección. Necesita una perspectiva de salvación, una mirada hacia el cielo, hacia la eternidad, para superar el vacío, el aburrimiento, la apatía, la indiferencia, la superficialidad y experimentar en nuestros

ojos, en nuestros gestos, en nuestras palabras el amor de Dios. Sólo seremos testigos creíbles del Resucitado si vivimos como resucitados, con el Paraíso como horizonte.

El tercer hilo que les propongo es la comunión apostólica, la unidad que estamos llamados a testimoniar en la vida, como recomienda Pablo en su carta a Tito.

En toda celebración eucarística, después de la invocación del Espíritu sobre el pan y el vino, hay una segunda petición de intervención del Santo Pneuma, que la Iglesia describe con una palabra griega, epiclesis, y que podría traducirse como llamar a acercarse. La Iglesia llama, invoca, suplica, desea que el Espíritu camine a su lado; pide al Padre como un don que la acompañe. Jesús prometió: Yo rogaré al Padre y les dará otro Paráclito (Jn 14,16), que significa literalmente, el que se invoca para estar cerca. La comunidad reunida, en efecto, tiene un objetivo preciso: invoca y pide al Espíritu que nos reúna en un solo cuerpo, que nos haga uno en Cristo. De hecho, desde hace siglos, todos los días en la Eucaristía pedimos que, mediante la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, el Espíritu nos reúna en un solo cuerpo. Y en el texto del Evangelio que acabamos de escuchar, Jesús nos asegura que todo lo que pidamos se nos concederá. Pidamos, pues, con insistencia el don del Espíritu, el don de la Sabiduría de la vida. El Padre da el Espíritu, que nos hace uno en Cristo. Esta comunión -que es fruto de la presencia del Paráclito en nosotros- se nos da; pero se mantiene con un corazón manso y mostrando toda la mansedumbre hacia todos, como indica la segunda lectura.

El Beato Francisco de la Cruz comprendió plenamente la fuerza evangelizadora de esa comunión apostólica, de la armonía entre las personas que anuncian el Evangelio. Al fundar la Sociedad Apostólica del Divino Salvador con el fin de anunciar a Cristo como el Revelador del único Dios verdadero que salva, quiso unir a sacerdotes, consagrados y laicos. Se inspiró para crear un grupo, una sociedad de personas en la que todos los carismas y ministerios brillaran y se expresaran y ejercieran. Deseó que, al compartir el único carisma, los miembros de la Sociedad Apostólica se inspiraran en el testimonio, las palabras y los hechos de los primeros apóstoles, de los que nos habla la primera lectura.

Así, desde la fundación hasta hoy, la intuición carismática del Beato Francisco ha guiado a muchas mujeres y hombres de diferentes naciones y lenguas a seguir el Evangelio y, gracias a la labor de la Familia Salvatoriana, ha contribuido a la difusión del mensaje de salvación en más de 50 países. La comunión que caracteriza a los distintos miembros de la Sociedad Apostólica muestra cada vez más que la evangelización, realizada con espíritu de colaboración y complementariedad, es obra del Espíritu, que generando comunión suscita en el corazón el deseo de anunciar a todos la experiencia del Señor resucitado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡que la beatificación de Francisco de la Cruz Jordán sea un momento gozoso de verdadera celebración eclesial! Que esta celebración

eucarística nos haga uno en Cristo, y despierte en nosotros la conciencia de que hoy el testimonio de la santidad del Beato Jordán pasa a manos de cada uno de nosotros, se confía a ustedes, a la Familia Salvatoriana.

A todos, pues, se les confía la tarea de custodiar el fuego del anuncio y de la caridad, para que no quede oculto bajo un celemín, sino que arda y brille en la oscuridad, llevando a todos la luz del Señor resucitado. Que así sea.